



**11**  
**monstruos**  
**por**  
**EnCaRgo**

## PRÓLOGO

El tema que inspira las páginas de este libro, los monstruos, es un asunto atractivo pero también de lo más serio. Si bien no está demostrado que estos seres de apariencia espantosa habiten en eso que llamamos mundo real, no hay duda de que cumplen un papel primordial en la imaginación humana desde tiempos inmemoriales. Los lectores, los que recorreremos los mundos literarios a la menor oportunidad que se nos presenta, somos conscientes de que los sueños —y también las ensoñaciones— son más importantes que la propia realidad, y sabemos bien que quienes ponen esto en cuestión se arriesgan a sufrir un terrible castigo: vivir atrapados en las estrecheces de lo obvio.

La mitología griega —siempre Grecia, pues todo nació allí— está superpoblada de monstruos, ya que sin ellos las hazañas protagonizadas por los héroes ancestrales quedarían huera. Resultaría además imposible narrar los orígenes del pueblo heleno y, por ende, los cimientos de nuestra civilización occidental. No conviene perder a los monstruos de vista ni mucho menos dudar de su existencia, pues son la representación misma de los peligros que nos acechan y la explicación de cómo el género humano se sobrepuso al caos.

Siendo un niño di permiso a los monstruos de los mitos griegos para que me llevaran de la mano y me adentraran en su mundo, un universo al que nunca consideré más interesante que la realidad —jugar con los amigos seguía siendo lo más divertido— pero que, era evidente, enriquecía la existencia hasta límites insospechados. Pronto me familiaricé con las Gorgonas, esas tres espantosas hermanas con alas de oro, serpientes en lugar de cabellos, colmillos de jabalí y manos de bronce, destacando entre ellas Medusa, que convertía en piedra a quien alcanzara con su mirada. Me fascinaban hasta extremos preocupantes —bien, mi

familia se preocupaba, no yo- las arpías, aves de rapiña con rostro de mujer, y las Grayas, tres lastimosas viejas con un solo ojo y un solo diente a compartir; los Centauros, criaturas con torso de hombre y cuerpo de caballo, algunos de ellos iracundos, otros tan prudentes como el sabio Quirón; los Cíclopes, malhumorados gigantes con un solo ojo en medio de la frente; la Esfinge, con rostro de mujer, cuerpo de león y alas de pájaro; los faunos, mitad hombre y mitad cabra; Quimera, bestia escupidora de fuego con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de dragón; el can Cerbero, que con sus tres cabezas custodiaba las puertas del Hades; la Hidra de aliento ponzoñoso del lago de Lerna, a la que Hércules quemó ocho de sus apéndices y luego enterró el noveno; el dragón guardián del vellocino de oro, al que Medea consiguió dormir para que Jasón se llevara tan preciado botín; los hipogrifos, caballos con cabeza de águila; el Minotauro, hijo de la reina de Creta y de un toro blanco, condenado a vivir en el laberinto del palacio de Cnosos alimentándose de despojos humanos... en fin, una fauna de lo más diversa y fascinante.

Durante años estuve convencido de que estos especímenes eran reales, pero empecé a dudar de su existencia cuando otro libro me dio a conocer que los fenicios no se limitaron a llevar el alfabeto hasta Grecia, sino que se dedicaron también a difundir por los puertos de la Hélade que el mar Mediterráneo, sobre todo en su zona central, estaba sembrado de monstruos peligrosísimos. Y no lo hicieron con fines literarios, no, sino con la intención de quitarse de en medio a sus competidores comerciales, y así, durante cuatrocientos años, desde el siglo XI a.C. hasta el VII a.C., los marineros fenicios mantuvieron su exclusiva mercantil con el reino de Tartessos gracias a que los griegos no se atrevían a navegar más allá de Sicilia, temerosos de topar con serpientes marinas, con calamares gigantes, con Escila y Caribdis, que guardaban el estrecho de Mesina con su cabeza de seis largos cuellos y con sus salvajes remolinos, o con otros muchos monstruos que protagonizaban aquellos espeluznantes relatos. Los fenicios

cumplieron así el difícil cometido de engañar a los griegos, un pueblo que precisamente ensalzaba la astucia sobre todas las demás virtudes; para que luego digan que la fantasía no da de comer...

En paralelo a estas experiencias ingresé en el universo de Tolkien, autor insuperable desde muchos puntos de vista y, por supuesto, en lo que a monstruos respecta. De esto saben mucho — todo, me atrevería a decir— Santiago Álvarez y Miriam Jiménez. Orcos, dragones, trasgos, huargos —que son los lobos que montan los trasgos—, trolls y arañas gigantes, además de personajes fantásticos como Gollum o el Guardián del Agua, fraguaron en mi impresionable mente infantil y llegaron a cobrar vida propia en las largas noches de verano dedicadas a la lectura de *El hobbit*, de la trilogía de *El señor de los anillos* y de *Silmarillion*. ¿Cómo, Sr. Tolkien, pudo usted poseer una imaginación tan poderosa?

Lo malo de los monstruos, qué lástima, es que no se circunscriben al mundo de la fantasía. Demasiado a menudo se da el caso de que la realidad supera a la ficción y nos toca presenciar escenas que hasta entonces resultaban inimaginables, como asesinatos de inocentes por cuestiones ideológicas, religiosas o simplemente inexplicables. También tenemos muy cerca, casi a nuestro alrededor, una caterva de monstruos aderezados con corbata y traje gris que, sin conocer qué es eso que otros llaman escrúpulos, diseñan productos financieros destinados a arruinar a sus propios clientes y expulsan de sus casas a quienes no las pueden pagar por la situación que ellos mismos han provocado. Terrible. Otros especímenes aún más repugnantes son los que saquean el erario, incluido los fondos destinados al Tercer Mundo —¡qué más da un dinero público que otro!—, provocando entre los que sí tenemos alma una sensación, más que de terror, de pavor e indignación.

Bien, pues en torno al tema de los monstruos, que al principio puede resultar nimio pero que pronto muestra su inmensa

relevancia social y espiritual, los miembros de El Cuaderno Rojo decidieron un buen día preparar un libro, seguramente en una de sus múltiples deliberaciones entre ordenadores portátiles y cervezas. Qué mejor libro que una obra literaria, debieron pensar, y qué mejor obra para un tema tan poliédrico que un conjunto de relatos, permitiendo así abordar el asunto desde un mayor número de facetas.

¿Y quién son estos de El Cuaderno Rojo?: una pregunta lógica con una respuesta compleja. Se puede decir que son once seres humanos, once, muy diferentes entre sí, que tras conocerse en unos cursos de narrativa y viendo que les unía una pasión desmedida por la Literatura -esa que se escribe con mayúsculas y que comprende todos los géneros-, decidieron crear este selecto grupo al que concedieron tal nombre en honor al bueno de Paul Auster. Quien quiera conocerlos mejor puede echar un vistazo a su blog, pues ya no se limitan a reunirse para compartir risas y avances en sus proyectos literarios sino que han decidido abrirse al mundo a través de una ventana virtual para hacer públicas algunas de sus actividades, que pasan por la organización de mesas redondas, la celebración de tertulias con escritores para escuchar sus “liturgias literarias”, la creación de un festival que se llamará Valencia Negra... y mucho más.

En este mundo que nos ha tocado vivir, con más incertidumbres que certezas, pocas afirmaciones rotundas se pueden hacer; pero no me cabe ninguna duda de que el lector disfrutará con este libro -algunos de los relatos son realmente magníficos- y que en el futuro vamos a oír hablar mucho y muy bien sobre las distintas novelas que los miembros de El Cuaderno Rojo están gestando desde hace unos cuantos años. Por lo menos desde 2009, cuando tuve la inmensa fortuna de conocerlos.

¡Y es que todos ellos, los once, son unos monstruos!

Antonio Penadés